

SEVILLA y los SEVILLANOS

por Joaquin Romero Murube



La vida del sevillano emerge en dos medidas puras, que si en cualquier parte del mundo pueden tener una constante apariencia o realidad infinita, aquí la adquieren fundamentalísimamente: la luz, el horizonte. La ciudad está emplazada en campo llano y abierto, rodeada de una estática planitud, con un anillo horizontal de temblores infinitos, que no se quiebran más que hacia el lado de Poniente, donde la tierra se arremolina con voluptuosidad para subir las suaves laderas del Aljarafe. Y sumergido todo en una luz prístina, esencial, exultante. La luz aquí, en la llanura hispánica, llega a adquirir tal calidad densa y sensible, que uno se siente dentro de ella como envuelto por algo que constantemente le acaricia. Estas dos influencias cosmológicas, ¿cómo operan en el sevillano?

Muchas veces hemos pensado que las características esenciales del sevillano podrían buscarse en estas dos medidas absolutas en que vive, en que desarrolla su proceso vital.

Un horizonte máximo, que es norma constante de excel-sas infinitudes. Una luz cegadora que lo eleva y mirifica, y que le permite una apreciación rigurosa, exacta, de todos los volúmenes, líneas y contornos que se aparecen ante sus ojos. Por un lado, lo infinito hasta el cielo... Es decir, la idea de Dios más simple y panteísta: creación. (Sevilla, en todo su proceso histórico, incluso en civilizaciones anteriores a la cristiana, da indicios de un alto sentido religioso, tan peculiar como inmarcesible.) Por otra parte, una claridad de visión que se goza por adecuación personal en el pormenor exacto, en la línea definida, en el claroscuro perfectamente matizado en sus elementos componentes.

Por esta lógica de la luminosidad al milímetro, pudiéramos llegar a la paradójica conclusión de que un pueblo que se ambienta en medidas infinitas sea un virtuoso del pormenor, de lo pequeño, de lo medido y exacto. Por eso ésta ha sido tierra de artesanías ejemplares: carpinteros, forjadores, ceramistas, bordadores, orfebres; es decir, la medida exacta, el arabesco que, limitando y circunscribiendo áreas y espacios, dan en pequeño una armoniosa domesticación del volumen. Maestros de la forma, en una palabra. Y la forma es la realidad de algo inscrito en la luz; es decir, en el ambiente esencial y vital del sevillano.

Este sentido del pormenor conjugado hacia un sentido de infinita trascendencia, lo podemos ir comprobando en las manifestaciones esenciales del sevillanismo más puro: es la decoración de la Giralda vieja y la composición forzada, genial y arbitraria de su coronación posterior; es el puntillismo burocrático, aplicado al tema moral de la epístola de Andrada; son los gusanos de Valdés en la expresión más cruda e infinita del hombre; sus postrimerías; es el uso de rejjas y ventanas en un afán imposible de querer ponerle cárceles a la luz y al aire..., etc. El verso quizás más universalmente conocido de toda la poética castellana—el heptasílabo de un sevillano—es un pormenor concreto, los ojos de una mujer vinculados a una categoría de infinitud, la serenidad:

Ojos claros, serenos...

Cuando se une el sentido religioso—lo infinito hasta Dios—con el pormenor luminoso, surge la realidad más rica y específica del sevillano: la Semana Santa. ¿Hay algo más concreto, más medido, más estatuído, más organizado al pormenor que la cofradía religiosa sevillana? Y nos referimos a todo: a la cofradía como asociación de personas vinculadas a un infinito, y a la cofradía externa: bordados, ceras, tallas, repujados, exornos, artesanía.

Pero no olvidemos que este admirable sentido de la obra menor proviene en el sevillano de una calidad infinita: del magisterio de su luz. Y que cuando en la labor minoritaria no va conjugada esa procedencia celeste, surge el mal sevillanismo; es decir, el de la cosa pequeña, sin gracia, vibración, ni sentido universal y trascendente. Es la copia mala, la teatralería por lo natural, la exageración por lo ponderado, la juerga por la fiesta, la arquitectura de cartón por la casa sevillana, la sevillanería externa y pegajosa por lo sevillano, hondo y difícil. Es decir, una Sevilla que ya no sabe hacer cosas con altura y profundidad de horizontes infinitos, y que en el pormenor de la obra de cada día—humilde, modesto—no sabe infundir una transparencia, una claridad, un orden de luces purísimas, temblorosas, generativas.

Cuando algunas veces nuestros ojos ven algo que no es armónico, cuando oímos o leemos algo que no se ajusta al ritmo de la Sevilla inmortal, buscamos un resquicio por donde ver nuestra torre mayor. Ella es magistral lección y eterno paradigma. Hagamos nuestra obra con fe, elegancia, fortaleza y altura de Giralda.

Y que Sevilla sea siempre el ámbito inigualable donde viven reunidos los ángeles, las musas y los duendes; rectores dulces y abismos claros de la eterna Andalucía.



I

Oselito:
Lo de tó los días: Cartas suplicando: «Osé de mi arma. ¿No habría ahí un huequesillo pa mi mujé que está en es-tao y queremos tené un hijo sevillano? ¡Varga lo que varga!»



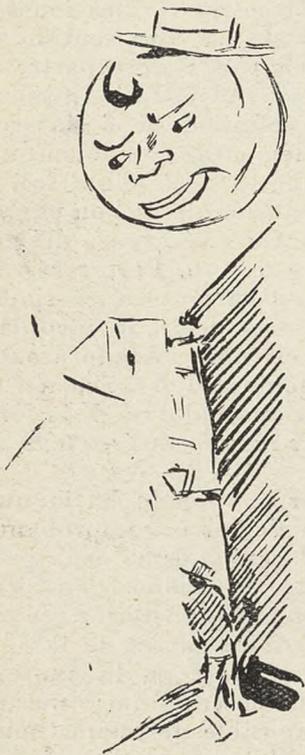
II

Naturarmente siempre contesto que no. Eso queda bueno pa Nueva Yó o Londre. Comprendo que tó er mundo quiera nasé en Sevilla; pero tós no cabemos. Sevilla tiene que sé ehiqueta y bonita.



III

¡Con lo que son las mujere pa tené ná callao y menos en la hora der parto! ¡Mare de mi arma, cuarquiera dormía!



IV

Lo de enseñá la siudá a tó er que llegue, ya é otra cosa. «Diga usted, Osé, ¿por qué son tan estrechas y retorsías las calles y por qué er sombrero ancho?» «Home—respondo—, si se espera usted a que llegue Agosto, Agosto se lo dirá.



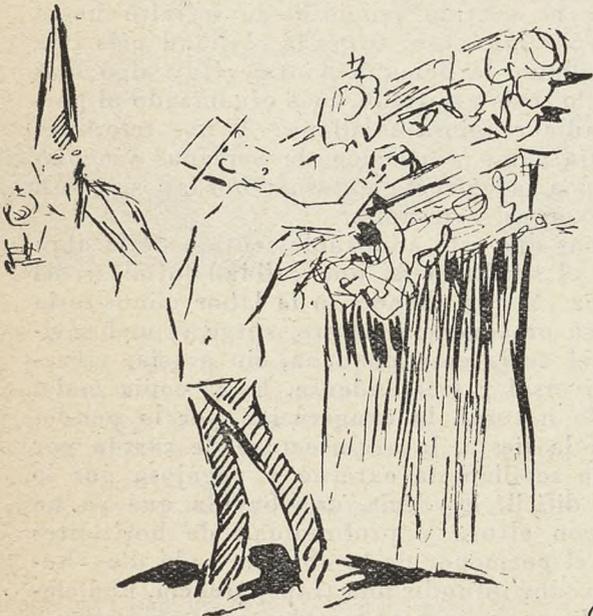
V

¿O cree usted que con boina se pué pasá er puente de Triana en verano a las dó de la tarde?



VI

Y si «pelamos la pava» con una reja por medio, es por las malajá que hizo nuestro paisano Tenorio y por la de Zorrilla contándose a tó er mundo hasta enterá a nuestras suegras.



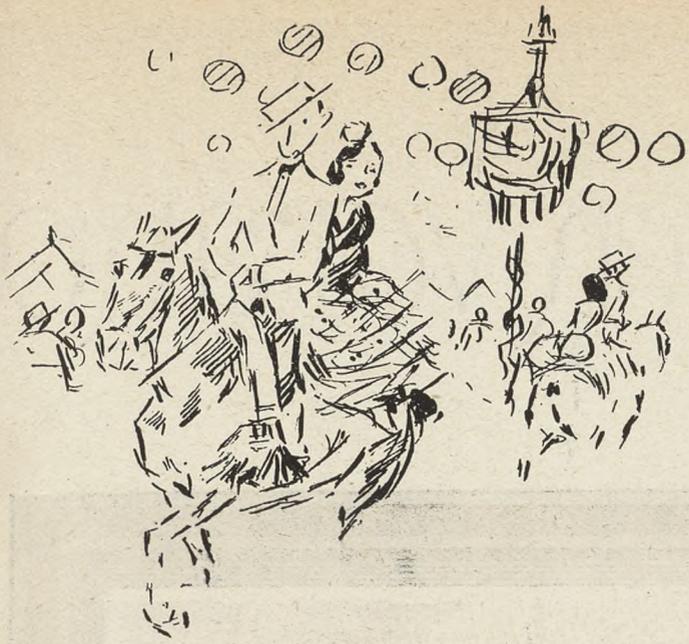
VII

¿Qué curpa tenemos nosotros de que argunos fo-rasteros no comprendan eso de nuestras cofradías?: «¿Estáis puestos?—Puestos estamos.—Mira, que voy a llamá.—Llama cuando quiera.—Una levantáita suave y quearse parao, valientes... ¡A la está él!»



VIII

Estos esaborios quisieran verlas pasá en camiones a toa velocidá. «En sólo sinco minu-tos—dirían muy satisfechos—ha pasado la der «Cohete», la der «Gargo» y el «Rayo» y viene por ahí la del «Mes de la casa».



IX

¿Y lo que vale ir ar paso der caballo por la feria con una buena mujé a la grupa? ¿Saben lo que é eso?



X

¡La fiesta brava! ¡Los toros! No hay ná más bonito y emosionante que eso que hacemos nosotros ar desafío a un terrible toro delante de mujeres guapa.



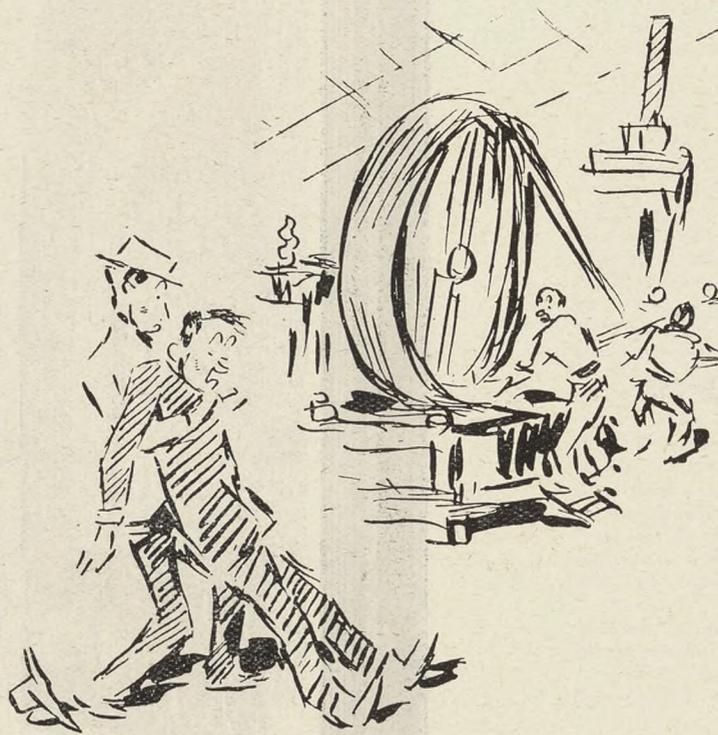
XI

(Que mi localidá sea la má arta de la plasa no quiere desí ná. ¿Cuántas veces se ha oído desí que un toro ha sartao ar tendío y ha cogío a uno?).



XII

¿Y las fábricas?—preguntan de pronto. —Home, las fábricas no las enseñamo por no molestá; porque hay argunos forasteros que se marean viendo trabajá; porque...



XIII

...un día—esto es tan sierto como la lú der só—se me desmayó uno en los braso visitando una fábrica. Pero en cuanto se repuso un poco...



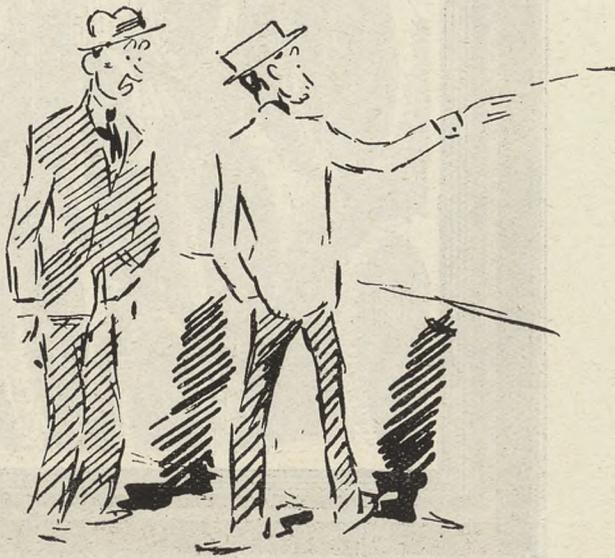
XIV

...me sortó a bocajarro: «Estas fábricas no valen ná, Oselito. Estáis atrasáo. Hay que mecanisá Sevilla. En Norteamérica tó está mecanisao. Echa usté una moneda en una máquina y le sale un traje. Echa usté otra y le sale un bocadillo. Echa usté...



XV

Confieso que me apabulló. No sabiendo qué constarle me agaché y cogí una piedra: —¿Ve usté esto que no vale ná, que está roando por los suelos? Pues...



XVI

...pa que usté vea que aquí también tenemo argo de eso de Norteamérica, la voy a tirá sobre aquella garita.



XVII

¡Y verá usté cómo sale un carabinero!

Martina de Leon